

EN EL SETENTA ANIVERSARIO DE FREUD (1926c).



Sándor Ferenczi

Me corresponde el honor de felicitar a Sigmund Freud con ocasión de su setenta aniversario y de presentarle las congratulaciones de nuestro Periódico. No es fácil realizar esta honrosa misión. Freud es una figura demasiado destacada para que uno de sus discípulos y colaboradores pueda presentarlo y compararlo válidamente con las grandes personalidades de la historia contemporánea. Por otra parte, su obra habla por sí misma y no tiene necesidad de comentarios ni de elogios, y seguramente desagradará al fundador de una ciencia que quiere luchar contra toda hipocresía y pretende una rigurosa honestidad el escuchar alabanzas ditirámicas como las que se acostumbran a pronunciar en estas ocasiones en torno al jefe de un gran movimiento. La presentación objetiva de su obra -la voz seductora para un discípulo entusiasta- resulta inútil aquí, puesto que el propio maestro le ha consagrado varios ensayos cuya objetividad resulta inigualable. Freud no ha ocultado al público nada de lo que sabe sobre el origen de sus ideas; nos ha dicho todo lo que tenía que decir sobre el destino sufrido por su teoría y sobre las reacciones de sus contemporáneos. Por lo que afecta a su propia persona, Freud ha cortado el paso al explorador moderno de la personalidad, que recurre a los detalles de la vida privada para esclarecer la evolución seguida por un sabio. En *La interpretación de los sueños* y en la *Psicopatología de la vida cotidiana*, Freud ha emprendido él mismo este camino de una forma nunca vista, que no sólo ha abierto una nueva vía para este tipo de búsqueda sino que constituye además un ejemplo de absoluta sinceridad respecto a sí mismo. Incluso se ha atrevido a revelar los “secretos de laboratorio”, habitualmente disimulados con mucho cuidado, así como sus inevitables dudas e incertidumbres.

Lo más lógico sería renunciar en consecuencia a cualquier tipo de manifestación. El maestro preferirá sin duda vernos proseguir nuestro trabajo sin establecer pausas arbitrarias, hablando de cifras que por sí mismas nada significan. Nosotros, sus discípulos hemos aprendido del propio Freud que toda celebración es un homenaje exaltado donde sólo se expresa una parte de las emociones afectivas. No siempre fue así. Hubo un tiempo en el que no se disimulaban ante quien había sido elevado al trono los impulsos hostiles que se experimentaban hacia él; Freud nos ha enseñado que el más venerado de los mortales, todavía hoy, recibe testimonios no sólo de amor sino también de odio.

A pesar de todo, no hemos podido resistir la tentación de ceder al convencionalismo, a título excepcional y en contra de nuestros propios criterios, y aprovecharemos la ocasión de este aniversario para consagrar a nuestro director el número de esta Revista, así como el número de *Imago* que aparecerá el mismo día. Por lo demás, salta a la vista de quien hojee los doce números anuales de nuestro Periódico, que todos ellos le están en realidad consagrados; los trabajos incluidos, cuando no son del propio maestro, no hacen sino continuar, confirmar o considerar el alcance de su enseñanza. El presente número, que únicamente es un poco más ceremonioso en su presentación, no difiere en lo esencial de los precedentes, salvo en lo que concierne al número de colaboradores, mayor que de costumbre. Y en lugar de una introducción formal a las diversas contribuciones, me permito presentar de golpe, por decirlo así, a la manera de la asociación libre, los sentimientos y pensamientos que experimento en esta ocasión. Puedo suponer que tales asociaciones serán las mismas que tienen los numerosos investigadores que realizan este mismo esfuerzo.

En un artículo en el que intentaba destacar el valor de los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* de Freud, llegué a la conclusión de la importancia que esta obra tenía para la historia de la ciencia, en la medida en que suprime las fronteras entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. En otro artículo he presentado el descubrimiento y la investigación del inconsciente realizados por Freud como un progreso en la historia de la humanidad, como la puesta en marcha de un nuevo órgano de los sentidos. Pueden rechazarse *a priori* estas observaciones y ver en ellas las exageraciones o las palabras desprovistas de todo espíritu crítico de un discípulo entusiasta. Sin embargo, no se trataba de discursos pronunciados en un ambiente jubiloso, sino de deducciones lógicas sacadas de una larga serie de conocimientos nuevos.

He hecho la predicción de que un día se hablará de las épocas pre-freudiana y post-freudiana; el cuándo y el cómo no puedo decirlo. Desde hace veinte años sigo las huellas de Freud y nada ha quebrantado esta convicción. Indudablemente la vida de un neurólogo que ha tenido la suerte de ser contemporáneo de Freud y, más aún, de reconocer pronto su importancia, se divide en un período pre-freudiano y en otro post-freudiano, dos capítulos violentamente contrastados. En lo que me concierne, la profesión de neurólogo antes de Freud, dejando aparte un trabajo bastante interesante sobre el influjo nervioso, ha sido esencialmente una labor de actor, una comedia permanente de la benevolencia y del saber ante centenares de neuróticos cuyos síntomas nos resultaban totalmente incomprensibles. Se avergonzaba uno -al menos a mí me ocurría- de hacerse pagar por esta especie de representación. Aunque hoy todavía no podemos ayudar a todo el mundo, estoy seguro de que lo conseguimos en muchos casos, e incluso cuando fracasamos nos queda el consuelo de haber luchado sinceramente por comprender las neurosis a través de métodos científicos y de haber penetrado en las causas que nos impedían ayudar a nuestros pacientes. Nos hemos librado de la triste función que consiste en prometer ayuda y consuelo con un aire de docta omnisciencia, y por último hemos terminado por rechazar ese arte. La psiquiatría, que era un museo de anomalías ante las que nos espantábamos sin comprenderlas, se ha convertido gracias a los descubrimientos de Freud en un campo científico fértil y accesible a la inteligencia. ¿Es exagerado afirmar que Freud ha embellecido y ennoblecido nuestra profesión? ¿Y no es natural que estemos llenos de gratitud hacia un hombre cuya labor ha permitido todo esto? Festejar un setenta o un ochenta aniversario puede representar una formalidad puramente convencional, pero para los alumnos de Freud este día es simplemente una ocasión para expresar por fin sentimientos largamente contenidos. ¿No sería una concesión al ambiente, inclinado más bien al pudor en el dominio de los sentimientos, el continuar reprimiendo éstos? Por nuestra parte preferimos seguir el ejemplo de la Antigüedad y no queremos sentir vergüenza al agradecer abierta y cordialmente a nuestro maestro todo lo que nos ha dado.

No está lejano el día en que toda la profesión médica reconozca que no sólo los neurólogos sino todos quienes se esfuerzan por curar a los hombres deben estar en plenitud de posibilidades de expresar tales sentimientos, que yo calificaría de líricos. Todos los médicos reconocerán poco a poco el papel desempeñado por la relación psíquica con el médico en cualquier clase de terapia, así como la posibilidad de utilizarla metódicamente. La ciencia médica dividida en especialidades será reunificada. El médico ya no será ese frío técnico de laboratorio y de la sala de disección sino que se convertirá en un reconecedor tanto del hombre sano como del enfermo, en un consejero al que cada cual podrá dirigirse con la esperanza justificada de encontrar comprensión y ayuda.

Sin embargo, vemos multiplicarse los signos que anuncian el momento en que los médicos podrán contar con mayor estima y reconocimiento por parte de toda la sociedad y no sólo de los enfermos. El etnólogo, el sociólogo, el filólogo, el pedagogo y el criminólogo acuden a informarse al médico, considerado como conocedor del alma humana, cuando quieren fundar su especialidad (que a fin de cuentas se apoya necesariamente en una parte de la psicología) sobre una base más sólida que el terreno movedizo de las suposiciones arbitrarias. Ya en una época anterior el médico fue considerado como el hombre científico por excelencia: era el gran sabio, el que conocía las plantas, los animales, las propiedades de los “elementos” en la medida en que entonces eran conocidos. Me atrevo a predecir la aparición de un tiempo análogo, una época de “iatrofilosofía” de la que Freud ha colocado la primera piedra. Freud no ha esperado que todos los

sabios conozcan el psicoanálisis; se ha visto obligado a recurrir a él para resolver problemas que surgían de las ciencias limítrofes, pero que encontraba en el transcurso del tratamiento de las neurosis. Ha escrito su *Tótem y tabú*, obra que facilita nuevas vías a la etnología; en cuanto a la sociología, ya no podrá ignorarse su *Psicología colectiva*. Su libro sobre el *Chiste* es la primera tentativa realizada para elaborar una estética fundada en una base psicológica. Por último, son múltiples sus indicaciones sobre las posibilidades elaborar una ciencia pedagógica.

¿Debo extenderme sobre lo que la *psicología* debe al psicoanálisis? ¿No es cierto que antes de Freud toda la psicología científica no era sino una fisiología refinada de las sensaciones, mientras que los sentimientos psíquicos más complejos constituían un ámbito reservado a la literatura? ¿Y no ha sido Freud el primero en situar la psicología al nivel de una ciencia, creando una teoría de los impulsos, esbozando una psicología del Ego y elaborando un esquema metapsicológico utilizable? Esta elaboración, que está lejos de ser exhaustiva, basta para convencer al mayor escéptico de que no sólo sus alumnos y colaboradores, sino todo el mundo científico puede alegrarse de ver al maestro alcanzar esta edad en plena posesión de su potencia creadora y desear que pueda proseguir su enorme obra durante mucho tiempo. “¡No hay más que alabanzas!”, pensarán algunos. “¿Y la promesa de hablar francamente de las dificultades y los conflictos entre el maestro y sus discípulos?” Añadiré algunas palabras sobre este punto, aunque sea penoso presentarme como una especie de testigo de estos sucesos que, aunque no estén totalmente desprovistos de interés, son ciertamente penosos para quienes se hallan implicados. Hemos de decir que casi ninguno de nosotros ha podido evitarlos y que todos hemos tenido que escuchar advertencias y exhortaciones del maestro que han destruido a veces magníficas ilusiones y han herido nuestro amor propio. Sin embargo, debo afirmar que Freud nos ha permitido obrar libremente, que ha dejado una gran amplitud a las idiosincrasias de cada uno antes de decidirse a intervenir con moderación, e incluso a utilizar los medios de defensa de que dispone, pero sólo cuando se ha convencido de que su indulgencia ponía en peligro la causa primordial. Sobre este punto no admite ningún compromiso y, aun doliéndole intensamente, sacrifica las relaciones personales y las esperanzas que ha ido cultivando. En este sentido se muestra duro tanto hacia sí mismo como hacia los demás. Ha considerado con benevolencia la evolución de uno de sus discípulos más dotados hasta el momento en que éste ha pretendido explicarlo todo mediante el “impulso vital”. Por mi parte, hace varios años que pretendí que el impulso de muerte podría explicarlo todo. Mi confianza en Freud me hizo inclinarme ante su juicio negativo hasta el día en que apareció *Más allá del principio de placer*, obra en la que su teoría de los juegos recíprocos del impulso de vida y del impulso de muerte tiene en cuenta la diversidad de los hechos biológicos y psicológicos de mejor modo que lo que yo había conseguido con mi concepción unilateral. La idea de una “inferioridad orgánica” le ha interesado en la medida en que ha visto en ella los comienzos extraordinariamente prometedores de una fundamentación somática del psicoanálisis. Durante años se ha acomodado al modo de pensamiento muy particular de su autor; pero cuando se ha evidenciado que éste se servía simplemente del psicoanálisis como trampolín para una filosofía teleológica, Freud ha interrumpido toda colaboración con él. Ha tolerado también durante bastante tiempo las cabriolas científicas de uno de sus discípulos, pues estimaba su agudo sentido del simbolismo sexual. La mayoría de sus discípulos han superado, sin embargo, las inevitables susceptibilidades, convencidos de que el psicoanálisis de Freud concederá tarde o temprano la importancia que le corresponde a las diversas tendencias. Nuestra polarización profesional no podría hacernos olvidar en este día los sentimientos de quienes viven personalmente junto Freud, sobre todo de su familia, en medio de la cual Freud, que es un ser humano y no un personaje mítico, vive y trabaja, su familia que vela por su preciosa salud y cuya solicitud merece nuestro mayor reconocimiento. El amplio círculo de enfermos tratados según su método y que gracias a él han recuperado la fuerza necesaria para vivir se unirán también a nosotros en este día memorable, así como el círculo aún mayor de aquellos cuya buena salud no preserva, sin embargo, de sufrimiento y a quienes la ciencia de Freud ha liberado de una carga inútil.

El psicoanálisis actúa a fin de cuentas mediante la profundización y la ampliación del conocimiento; pero el conocimiento (como intento demostrar en un artículo de este volumen¹ sólo puede ampliarse y

1.- “El problema de la afirmación del desagrado.”

profundizarse mediante el amor. Y Freud puede estar seguro, aunque no sea más que porque nos ha enseñado a soportar la verdad, que una parte de la humanidad, y no la menor, piensa en él con amor en este día.

(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo III, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.